1898: hispanismo y guerra

Arcadio Díaz Quiñones

No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos.

Menéndez Pelayo
«Palabras al lector», *Historia de la poesía hispano-americana*

En este ensayo me interesa explorar la relación que hay entre hispanismo y guerra, entre la construcción del canon literario «hispano-americano» y la voluntad imperial. ¿Era o es posible pensarse como miembro de una comunidad «hispano-americana» que tenga a España como centro, como si ambos mundos fueran uno y el mismo? Parto de la premisa siguiente: las contiendas del canon no son sólo «hechos» literarios, inventarios y autores, sino disputas en torno a los relatos que se quieren privilegiar. La genealogía de lo «hispano-americano» y del hispanismo, como veremos, se constituye como tal en —y por oposición a— el mundo colonial.

Para abordar esos problemas, estudio los fundamentos culturales y el contexto político que sostienen la primera *Historia de la poesía hispano-americana*, de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912).[1] Ese texto está marcado por el final del imperio español y por los debates sobre la construcción de las tradiciones nacionales. La extensa obra plantea, de

[1] Fue publicada originalmente en 1893 y revisada y reimpresa en 1911. Ésta última es la refundición de su famosa *Antología de poetas hispanoamericanos*, comisionada con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, dada a conocer en cuatro tomos entre 1893 y 1895. Menéndez Pelayo revisó y recopiló los prólogos de la *Antología* y en 1911 aparecieron con el nuevo título de *Historia*, en dos tomos. Aquí cito por la edición de las *Obras Completas*, tomos 27 y 28, preparada por Enrique Sánchez Reyes. De ahora en adelante, cuando hago referencia a los tomos I y II de la *Historia*, remito a los volúmenes 27 y 28 de esa edición.

un lado, la lucha por delimitar un saber literario bajo un significado colectivo; y, de otro, la conflictiva recepción de las literaturas americanas en España. Así, según Menéndez Pelayo, el espacio político perdido por España a lo largo del siglo XIX podría ser reocupado por la hegemonía cultural. La vieja cultura debía asumir la tarea de configurar espiritualmente a los pueblos jóvenes. En principio veremos cómo el historiador introduce el debate político en el espacio cultural, desplegando, a la vez, su conocimiento de los textos hispano-americanos y esquemas muy interiorizados de raza, civilización y barbarie. La cultura letrada aparece como última manifestación de la memoria del imperio que permite actualizar un pasado. Simultáneamente, permite silenciar otras memorias o polemizar contra las que no encajan en su esquema interpretativo.

Narrar la fundación de lo «hispano-americano» era, en efecto, una empresa contradictoria que llevaba a polémicas explícitas o tácitas. Por una parte, Menéndez Pelayo necesitaba incorporar las tradiciones americanas, construir su archivo. Pero, por otra, su objetivo era instaurar —frente a la ruptura política de las independencias y del 1898— el lugar central de España en el espacio cultural contemporáneo. ¿Se pueden hacer las dos cosas a la vez? Apropiarse de la literatura «hispano-americana» suponía elaborar un núcleo utópico que garantizara el derecho de España a ocupar el centro. Al subrayar con énfasis la continuidad, Menéndez Pelayo se enfrentaba —lo veremos en el caso de sus juicios sobre Puerto Rico— a la dificultad de integrar en su relato las colonias fronterizas en las que la cultura letrada había sido débil, y cuyas tradiciones orales no pasaban al archivo metropolitano, o dejaban pocas huellas. ¿Qué ocurre, qué ha ocurrido, como ha vuelto a preguntarse James Clifford en su reciente libro *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century* (1997), en las zonas fronterizas y fuera de las fronteras, en los territorios que no figuran en los mapas nacionales? A ello también me referiré más adelante.

Era imposible para Menéndez Pelayo, y en general para el discurso histórico español, ver otra historia que no fuese especular —y letrada— en América y en las Antillas. Al mismo tiempo, su *Historia* contiene aquello que niega: deja entrar —aunque distorsionadas— las voces del «adversario», y a menudo desea rectificar su lenguaje. Su lectura de la tradición tiene que enfrentarse a la pérdida del imperio. Ello determina en buena medida el espesor que concede a algunos textos, y las jerarquizaciones que traza, así como sus olvidos. Sin embargo, como se observa en los capítulos que dedica a Puerto Rico, Cuba, o Santo Domingo, su relato no deja de suscitar la posibilidad de existencia de sujetos heterónomos y la heteronomía de sus prácticas.

La invitación a plantear estas cuestiones proviene del propio Menéndez Pelayo, ya que él sabía que sus interpretaciones producirían reacciones polémicas. Él mismo entabló la tensión en sus desafiantes «palabras al lector»: «No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos»[2]. ¿Qué se

[2] *Historia*, t. I., pág. 4. Menéndez Pelayo se refiere a su *Historia* de la siguiente manera en ese mismo párrafo: «Quien la examine con desapasionado criterio, reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos,

borra cuando se apela a la «Historia»? Esa cita, y su monumental obra, dejan ver con claridad los ecos de las guerras militares y de las contiendas interpretativas generadas por las relaciones coloniales. Menéndez Pelayo aparece como instrumento de la «Historia», y en cierto modo su portavoz. Anuncia así las relaciones profundas entre el saber del hispanismo y las guerras de independencia.

¿Cuál es la operación que realiza Menéndez Pelayo ante el fin de la dominación española en Puerto Rico, Cuba y Filipinas? El intelectual católico renovó la concepción imperial de la lengua postulada por Antonio de Nebrija para la época de los Reyes Católicos. Ello le permitió distinguir entre lo que era «verdaderamente» memorable, y lo que no lo era: esa noción era el cimiento de su canon, y proporcionaba las representaciones que lo constituyen. Reimaginó el pasado del imperio a partir de la discontinuidad política de las antiguas colonias, y de la teleología civilizatoria de los Estados Unidos. Su *Historia*, concebida con vocación de archivo enciclopédico, está anclada en una imponente colección de textos —no sólo poéticos— y de noticias históricas. Todavía está por estudiarse minuciosamente con qué materiales trabajó Menéndez Pelayo, y de qué manera trató la documentación recogida. Haría falta, además, un análisis más detenido de cómo su construcción de lo «hispano-americano» se inscribió como un campo de estudio reconocido.[3] No intento analizar estos aspectos, pero sí volver al contexto que permite ver que se trataba de un campo de disputas por los sentidos del pasado.

EL CONTEXTO DEL DEBATE Y LOS CRÍTICOS RADICALES

Ciertamente las raíces de la colocación compleja del 98 entre los espacios del saber y de la política vienen de muy lejos. Menéndez Pelayo se enfrentaba en polémica implícita y explícita a otra tradición crítica radical, sobre todo la de los separatistas y reformistas antillanos cuya multiplicidad de voces heterodoxas generalmente se ha pasado por alto en la historiografía española. El gran intelectual separatista puertorriqueño del siglo XIX, Ramón Emeterio Betances (1827-1898), por ejemplo, soñaba desde París las utopías de la modernidad. Se distinguió porque no se cansaba de desafiar la autoridad española, repitiendo categóricamente que: «Nada hay que esperar de España y de su Gobierno. Ellos no pueden dar lo que no tienen. Carecen, por más que otra cosa digan, de todos los elementos de un pueblo civilizado».[4] La mera existencia de la colonia ponía en entredicho los valores ilustrados.

Tiene interés también considerar la crítica de otro puertorriqueño, Eugenio María de Hostos (1839-1903). Hostos dedicó muchos escritos durante su

---

cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos».

[3] Uno de los casos más sobresalientes es el de Pedro Henríquez Ureña, quien en muchos sentidos avanza y profundiza el camino abierto por la obra de Menéndez Pelayo. Lo he estudiado en «Pedro Henríquez Ureña: modernidad, diáspora y construcción de identidades», publicado en el libro *Modernización e identidades sociales*, págs. 59-117.

[4] Ver su proclama de 1868 en el volumen *El proceso abolicionista de Puerto Rico*, t. II, págs. 185-189.

largo exilio a romper con el discurso civilizatorio de la metrópoli que nunca le autorizó un espacio público de discusión en la isla. Al hablar sobre Cuba en 1872, en medio de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), exacerbaba todavía más la contraposición con España:

> La adornó el genio del bien; la pobló el genio del mal: la descubrió la abnegación científica; la conquistó el interés avaro. Pero si hay en la vida de la humanidad una fatalidad perfectamente determinada es la ley del bien; y los españoles, que han hecho en Cuba todos los males, los que proceden del horror, los que nacen de la pasión desenfrenada, los que generan una voluntad mal dirigida, no han podido hacer el único mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles: no han podido hacer hijos españoles! Se mezclaron con las indias, y salieron cubanos; con extranjeras, y nacieron cubanos; con españolas, y hasta la española procreó cubanos. [...] Les instruyeron en el fanatismo del Dios español, del rey español, de la grandeza española, y fueron cubanos en su fanatismo contra todos los fanatismos españoles. Los mandaron a España a olvidar a Cuba, y volvieron a Cuba maldiciendo a España.[5]

En este contexto, adquieren un significado particularmente relevante los textos del joven José Martí (1853-1895), en los que la conciencia de la *diferencia* recibe un impulso decisivo. Martí había sido marcado muy temprano por la experiencia de la prisión en medio de la primera guerra de independencia de Cuba. En un texto fundamental —aunque inexistente en la memoria literaria y política española—, *El presidio político en Cuba* (1871), rompió también tajantemente con el discurso de identidad de la metrópoli. Para él, que vivió intensamente la experiencia central de un mundo creado por expatriados, disidentes y refugiados, la diferencia debía ser mostrada. Los cubanos y los españoles, escribía Martí en otro texto, «de distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se recocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan».[6] Como ha explicado Partha Chatterjee, el discurso nacionalista en el contexto colonial es simultáneamente una negación y una afirmación. Pretende medirse con la cultura dominante, es decir, con la cultura imperial, a la vez que tiene que cuestionarla.[7] En ese sentido no es menos importante el caso de Salvador Brau (1842-1912). Brau fue uno de los intelectuales autonomistas puertorriqueños más productivos del fin de siglo. Amó profundamente a España, pero su obra tampoco dejó huella en la metrópoli. Significativamente, defendió los orígenes españoles de Puerto Rico, y, al mismo tiempo,

---

[5] En su escrito «Cuba y Puerto Rico», de 1872, pág. 134.

[6] En el texto titulado «La República española ante la Revolución cubana», pág. 94. Sobre la política profética de Martí, he publicado un artículo titulado «Martí: las guerras del alma», en *Apuntes Posmodernos*, V, Nº 2 (1995), págs. 4-13.

[7] Ver su libro *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* London, 1986.

justificó la ocupación militar estadounidense de 1898. Para Brau y para muchos intelectuales autonomistas, los orígenes «civilizados» españoles eran perfectamente compatibles con la nueva presencia norteamericana. En su *Historia de Puerto Rico* (1904), el primer manual destinado a los lectores escolares, la ocupación militar aparece como indispensable en el tránsito del «viejo sistema colonial» —es decir, español— a los «amplios métodos democráticos» norteamericanos que él veía como valores universales constitutivos de la modernidad. En su *Historia*, Brau afirmó sin ambages: «acaso hubiera sido conveniente la prolongación del régimen militar, para moderar la brusca transición del viejo sistema colonial a los amplios métodos democráticos».[8]

Veamos otro ejemplo. En su ensayo «El fracaso colonial de España», de 1896, el cubano Enrique José Varona (1849-1933), postulaba que la vieja metrópoli ocupaba el polo de la barbarie, mientras que la civilización futura estaba inexorablemente ligada a la cercanía de los Estados Unidos. El mundo colonial aparece ya como perdido para España. Varona consideraba a España un obstáculo, porque se había mantenido ajena a las grandes culturas modernas:

> Aunque España ha tratado de torcer el rumbo de nuestro comercio, la vecindad del inmenso mercado americano ha enseñado a Cuba lecciones que nadie podrá olvidar. Su posición geográfica y la calidad de sus productos la han puesto en relaciones con el mundo entero, que no han sido más amplias y regulares por la intervención celosa de España. De las comunicaciones personales de muchos cubanos que han residido en el extranjero, y por la facilidad maravillosa con que hoy se difunden las ideas, ha resultado que la cultura artística, científica y jurídica, si no general, es extensa en Cuba. En las poblaciones, la vida que realiza el cubano alcanza un grado alto en la escala de la civilización.[9]

En España, el año de 1898 fue visto con poderosa fascinación en la historiografía como el «año del desastre», la devastadora pérdida del imperio en la que se buscaban nuevas claves interpretativas. La «catástrofe» llegó a ser paradigma de una crisis que perduró como pura negatividad en el imaginario peninsular. Nada parecía definir mejor el clima —y su articulación discursiva— que el título del libro *La moral de la derrota* (1900), de Luis Morote, quien fue corresponsal en la guerra de Cuba. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas fue vivida como una humillación no sólo de España, sino también de todas las naciones «latinas».[10]

---

[8] En *Historia de Puerto Rico*, págs. 305-306.

[9] En su ensayo «El fracaso colonial de España», pág. 53.

[10] Ha sido estudiado y documentado por Lily Litvak: «Latinos y anglosajones. Una polémica de la España de fin de siglo», en Idem: *España 1900: modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos, 1990, págs. 155- 200. Sobre la reacción de políticos e intelectuales españoles al «desastre», ver el capítulo 3, «Spain Responds to the Disaster», en el libro de Fredrick B. Pike: *Hispanismo 1898-1936*. Indiana, 1971, págs. 48-72.

De hecho, el pensamiento engendrado en el espacio de la derrota fue transformando radicalmente la vida intelectual española del siglo XX en los escritos de la «generación del 98». Pero en esa literatura las antiguas colonias eran sobre todo un telón de fondo para repensar con intensidad el «problema» de España. Américo Castro advirtió claramente la fuerza de la tradición imperial sobre la vida intelectual española, marco del cual él mismo no se liberó del todo. Al comentar «el tono y el aire marcadamente imperialista» del soneto de Unamuno sobre la lengua, subrayaba que se pretendió llenar con fábulas la oquedad dejada por el 98: «Se confirma así la idea de ser la vigente historiografía española un aspecto más del ansia de imperio, del afán de compensar por esa vía confusa y fabulosa las deficiencias y oquedades que ensombrecen el alma».[11]

MENÉNDEZ PELAYO: EN EL PRINCIPIO ESTÁ EL FINAL

¿Qué hizo Menéndez Pelayo? Repensó la necesidad de poner al día un proyecto de hegemonía española frente a la cultura «anglosajona» de los Estados Unidos. Para reinventar la cultura española —y para convertir en canónico el concepto de lo «hispano-americano» como fuerza civilizadora que englobaba en un conjunto superior a países políticamente divididos—, invocó en su *Historia* la misión de las lenguas imperiales y la analogía con Roma. Era preciso articular un nuevo metarrelato, con ideas del tiempo, del espacio y de la literatura que permitieran determinar el sentido y el *lugar* apropiados de España en la modernidad.

Con voluntad de poder, retomó la tesis de Nebrija, reafirmando su creencia en la unidad imperial. Menéndez Pelayo leía lo que ya sabía, o creía saber, desarrollando así un instrumento de reconstrucción histórica que le permitiera relatar orígenes «coherentes». Es decir, una cultura unitaria con un idioma, sin la cual el conjunto del sistema no podría sostenerse. Quería cerrar un círculo en el que el principio y el fin se correspondiesen orgánicamente, y esa circularidad se convierte en clave interpretativa. La cultura española era el «origen» de las letras «ultramarinas», y la reconciliación de las contradicciones; España seguía regulando y dictando normas; podía colocarse por encima del fraccionamiento de las tradiciones «nacionales». Esa noción totalizadora era la principal dimensión política de su obra, y se anuncia como manifiesto programático. Sus palabras demuestran las lecciones consoladoras que extraía de la re-anexión simbólica de la geografía americana:

> Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes

[11] Ver su libro *Sobre el nombre y el quién de los españoles*. Madrid, 1973, pág. 384. Entre los trabajos recientes, véase además el ensayo de Eduardo Subirats: «España 1898: decadencia y modernidad», y los comentarios críticos de James Fernández, en el volumen editado por Arcadio Díaz Quiñones: *El Caribe entre imperios*. Puerto Rico, 1997, págs. 325-349.

y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió a la lengua su nombre. (...) América es inglesa o española: en el extremo Oriente y en los Archipiélagos de Oceanía también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas (...) Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra ...[12]

El viejo imperio se «regeneraba» en la construcción intelectual de lo «hispano-americano». Menéndez Pelayo andaba en busca de nuevos «beginnings», de una tradición nacional española que *incluyera* la americana.[13] Su libro-monumento, provisto de múltiples erudiciones, era un homenaje al Antiguo Régimen. Los «comienzos» españoles —la conquista— serían el fundamento de la autoridad cultural, y en torno a ella se organizarían la secuencia y la causalidad de los acontecimientos.[14] La manera en que racionaliza la masa de conocimientos, la forma en que ubica las figuras y define la estructura del libro, todo se arma sobre esa autoridad imperial. La España vencida alcanzaba irradiación máxima como símbolo cultural: lo «hispánico» constituiría la comunidad esencial.

Es preciso establecer cómo está concebida la obra. Curiosamente, la secuencia de los capítulos está estructurada por países, es decir, por tradiciones «nacionales». Cada país es una entidad particular, marcada por especificidades que van mucho más allá de la historia de la poesía. Por otra parte, la operación canonizadora produce sus propias referencias letradas, y se alimenta de ellas. Es preciso insistir en el término «letrada»: es la celebración del orden y la aureola del libro impreso en el imperio español. La letra impresa fluía en los virreinatos, y le sirve a Menéndez Pelayo para marcar la estricta jerarquización y la continuidad exigidas por la canonización. De ese modo, la fragmentación producida por la organización en capítulos de los diversos países se corrige por la continuidad de la cultura impresa «hispanoamericana», una entidad que atraviesa los siglos, y que continuará, aun sin un Estado centralizador.

---

[12] *Historia*, t. I, págs. 5-7.

[13] Véase el libro de Edward W. Said: *Beginnings: Intention and Method.* New York, 1985, sobre todo los dos primeros capítulos, «Beginning Ideas» y «A Meditation on Beginnings». Traduzco aquí por «comienzos» o «inicios» los «beginnings» teorizados por Said. Es otra manera de hablar de la construcción de la tradición.

[14] Para la extraordinaria difusión de la obra de Menéndez Pelayo ver el ensayo de John Englekirk: «La *Antología de poetas hispanoamericanos* y el hispanismo norteamericano», en *Arbor* XXXIV, 127-128, 1956, págs. 486-502. Ver además el libro de Anna Wayne Ashhurst: *La literatura hispanoamericana en la crítica española,* Madrid, 1980, en especial el capítulo sobre Menéndez Pelayo, págs. 170-224.

Los países son los elementos del todo. El elemento unificador es la cultura letrada, y ello los remite a otra totalidad: lo «hispano-americano». Por ello, los lazos con México, Perú y Colombia son firmes, y su historia letrada es opulenta. Un claro ejemplo es el comienzo del capítulo dedicado a México: «Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial y aquélla donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta».[15] El pasado colonial del Perú se configura en forma paradigmática: «Fue el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó a ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo XVI, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria».[16] El capítulo sobre Colombia se abre con un juicio que resalta el valor de la antigüedad: «La cultura literaria en Santa Fé de Bogotá, destinada a ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la colonia misma».[17] México, el Perú y Colombia son el espejo de la metrópoli, y por ello constituyen una genealogía fundadora.

Sin embargo, la canonización no estaba exenta de ambigüedades y de enfrentamientos. Las dificultades se hacen sentir cuando Menéndez Pelayo hace la historia literaria del Perú, y coloca en uno de los centros fundadores a Garcilaso el Inca. Menéndez Pelayo reconoce inesperadamente que los *Comentarios reales* es el único libro «en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas».[18] No obstante, no hay forma de prescindir de él. No vacila en elogiarlo junto a Alarcón como «el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón, el dramaturgo, los dos verdaderos clásicos *nuestros* nacidos en América» (énfasis mío), dándoles connotaciones positivas.[19] Alarcón y Garcilaso se ajustan al deseo profundo e inicial del historiador.

La *Historia de la poesía hispano-americana* está hecha no sólo de reconocimientos, sino de distancias políticas y raciales. Aunque exalta el extraordinario desarrollo de la cultura literaria cubana durante el siglo XIX, nada le parece más perturbador que la crítica radical de los separatistas. Por esa razón defiende apasionadamente en esas páginas el desarrollo cultural de Cuba, como prueba de que la dureza y represión del «régimen autoritario de nuestros Capitanes generales», se habían exagerado:

---

15 *Historia*, t. I, pág. 15.

16 *Historia*, t. II, pág. 63.

17 *Historia*, t. I, pág. 409.

18 *Historia*, t. II, pág. 75. Más adelante escribe: «Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar a la posteridad, porque había empezado por engañarse a sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa». (*Ibid*)

19 *Historia*, t. II, pág. 77.

> ... pero como fieles historiadores, hemos de consignar que, á despecho de la decantada tiranía militar (...) Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, á la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes (...) Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España; pero aún esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera ...[20]

Esta clase de juicios desemboca en comentarios tajantes. Cuando sitúa la figura del poeta cubano José María Heredia (1803-1839), lo presenta como uno de los «mal avenidos con la unidad nacional», aunque elogia su «superioridad». Ello explica la acerba crítica a Heredia, a quien celebra por su «superioridad» e «imaginación exaltada», pero trata de desmitificarlo, porque se había convertido en símbolo de los separatistas, contribuyendo a esparcir insidiosamente «la semilla de los odios fraticidas, y cuyos frutos de maldición hemos visto después».[21]

Buena parte de la *Historia* se dedica a separar la «civilización» de la «barbarie»: esa dicotomía es uno de los principios estructurantes de su construcción historiográfica y de su argumento. Resulta iluminador observar las claves que identifican la «barbarie», ya que al mismo tiempo afirman y niegan la unidad de las colonias y la metrópoli. En el caso de Cuba, la dificultad de Menéndez Pelayo se hace más evidente cuando se acerca a la figura del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés («Plácido»). El mestizo o mulato en el metarrelato de Menéndez Pelayo es un «Otro» que permanece definido y vituperado entre la genialidad y la barbarie, pero que tampoco puede ser eliminado. Plácido es hábilmente incorporado y al mismo tiempo despreciado. Para algunos era, dice, un prodigio extraordinario, un «genio inculto», un «salvaje genio». Pero para Menéndez Pelayo no era «ni genio, ni poeta enteramente rudo». Y como evidencia indiscutible de que el anatema está escrito en su alma y en su cuerpo, agrega que era «por añadidura negro, o a lo menos pardo». El rencor de «casta» anunciaba su destino, arrastrándolo al patíbulo como víctima de la Conspiración de la Escalera. Hay en esos enardecidos pasajes una mezcla de interés y de desdén apenas matizado. La «raza» se convierte en categoría cultural negativa, y se coloca en primer plano: «No sabemos qué poesías dará la raza etiópica entregada a sí misma».[22]

---

[20] *Historia*, t. I, págs. 210-211.

[21] *Historia*, t. I, págs. 225 y 228. Ver págs. 225-244. No es el único caso, desde luego. De Sarmiento, a quien considera «originalísimo y excéntrico», escribe: «En 1841 no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra a muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención *Historia*, t. II, pág. 288.

[22] *Historia*, t. I, pág. 258. Ver las págs. 252-259. Plácido fue detenido y preso en 1844 y fue fusilado el mismo año. Los propios críticos cubanos han tenido una actitud ambivalente ante su figura. Ver,

La radical extrañeza de la cultura afrocaribeña no podía ser un centro. En el relato de Menéndez Pelayo, Santo Domingo —«la Española»— ocupa por su antigüedad un lugar de primerísima importancia, y al mismo tiempo nos permite ver los problemas que tiene para atravesar la alteridad. En la isla «predilecta de Colón» la cultura tiene «orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista».[23] Pero muy pronto toma distancia: a la fundación *civilizada*, sigue la *barbarie* desencadenada por los haitianos durante la independencia y la ocupación de Santo Domingo, dejando la isla desposeída de toda su realidad histórica, y eliminando los rastros de la *civilización*: «en 1821 (...) cayó bajo la feroz dominación de los negros de Haití, que durante veintidós años la secuestraron de la civilización europea».[24] Sin embargo, añade, fue «reconquistada» por Juan Pablo Duarte y otros dominicanos quienes en 1844 proclamaron la República, que nació, escribe Menéndez Pelayo, cuando «en la isla amenazaba extinguirse toda cultura bajo el peso de la salvaje dominación galo-etiópica».[25]

En el canon imperial no se trata sólo de reconocerse, sino de construirse en las diferencias, y ello requería eliminar posibles relatos alternativos. El lenguaje castellano, unificador, era capaz de restituir a los dominicanos como sujetos de la historia, y reintegrarse a la totalidad. Se perfila con claridad en el rotundo juicio con que concluye Menéndez Pelayo:

> Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo XVII, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas, coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios a toda raza y civilización europea (...) han resistido todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado a constituir un pueblo...[26]

PUERTO RICO: LA INVERSIÓN EN LAS FRONTERAS

Cuando Menéndez Pelayo escribe sobre Puerto Rico en su *Historia*, comienza con un dudoso homenaje. El perfecto estado de naturaleza era la marca de nacimiento que a la vez descalificaba la isla. Menéndez Pelayo declara: «La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo,

---

por ejemplo, el volumen *Acerca de Plácido*, compilado por Salvador Bueno, y el estudio de Jorge Castellanos: *Plácido, poeta social y político*. Miami, 1984. El estudio más completo sobre la Conspiración de La Escalera y su contexto es el libro de Robert Paquette: *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires Over Slavery in Cuba*. Middletown, 1988.

23 *Historia*, t. I, pág. 287.

24 *Historia*, t. I, pág. 301.

25 *Historia*, t. I, pág. 303.

26 *Historia*, t. I, págs. 308-309.

pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia».[27] Puerto Rico es lo irrepresentable; es más bien un *no lugar*, por la «ausencia de tradiciones literarias durante tres siglos». Había sido una zona de silencio, en la lejanía de la frontera; no una ciudad letrada, sino una ciudad casi vacía que parecía subvertir el museo imaginario construido en la *Historia*.

Puerto Rico figura como un hueco inmenso en medio de los orígenes españoles de las letras americanas. Y, a diferencia de lo que hace en otros capítulos cuando habla del siglo XIX, Menéndez Pelayo no reconoce como interlocutores a críticos como Hostos, Betances o Brau, por ejemplo. La *diferencia* puertorriqueña reside en el *no ser*, una entidad sin pasado. La isla, «traída a la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León», era un espacio ahistórico que fracturaba y fragamentaba la continuidad letrada.

Contrastando con la estabilidad que Menéndez Pelayo celebraba en los virreinatos, los habitantes de Puerto Rico, separados de sus contextos de origen, estaban siempre en movimiento centrífugo, cimarrón, destinados a no dejar rastro que pudiera «archivarse». Era un desafío interpretativo. ¿Cómo registrar y estudiar la expresión poética efímera de una comunidad caracterizada por formas específicas de la oralidad que poco tienen que ver con el libro, es decir, con el producto más emblemático de la cultura letrada? Esa sociedad cimarrona, cuya vida transcurre al margen de las instituciones, como lo ha estudiado el sociólogo puertorriqueño Ángel Quintero Rivera, estaba compuesta de fugitivos, indios, esclavos y europeos dispuestos a sobrevivir lejos del Estado, apartados de los lugares que exponen a los individuos a la mirada «oficial».[28] En la sociedad cimarrona se vivía aisladamente, y siempre con recelo de la fuerza represiva de la vigilancia oficial: los individuos no querían aparecer en el archivo del Estado. Pero la distancia no presupone, por supuesto, la incomunicabilidad. De hecho, podría decirse que la imagen de España que perduró en Puerto Rico y en sus emigraciones del siglo XX, fuera de los círculos de la élite, fue una España muy reducida, pequeñita, remota. Esa España «de memoria» vivía perdurablemente, pero en escala minúscula, en manifestaciones como las bellas tallas de los santos puertorriqueños, y en la tradición eminentemente oral de las décimas —derivadas del romancero español—, que exigían la palabra memorizada del trovador. Las décimas y los santos, llevados y traídos a través del tiempo y del espacio, traslucen la huella de las culturas hispánicas y la transformación del cristianismo en la frontera.

En ese sentido es muy productivo volver, no a Menéndez Pelayo, sino a la gran *Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* de Fray Íñigo Abbad y Lasierra (1745-1813), publicada originalmente en 1788, en Madrid. El texto de Fray Íñigo fue citado por Menéndez Pelayo, pero no se detuvo a comentarlo. Una lectura cuidadosa conduce a temas de gran

---

[27] *Historia*, t. I, pág. 325.

[28] En su ensayo «La cimarronería como herencia y utopía», reelaborado en sucesivos escritos.

riqueza. No sólo para cuestionar la *Historia* totalizadora y excluyente de Menéndez Pelayo, sino para ver cómo se construía otra sociedad en los bordes del imperio, una sociedad basada en la plantación y la contra-plantación, en la esclavitud y en la cimarronería, en la traducción, los desplazamientos y en la adaptación a nuevos entornos. A los ojos de Fray Íñigo, las múltiples y variadas *mezclas* son tan centrales como los desplazamientos. Se detiene a describir cómo al mezclarse entre sí y al actuar recíprocamente unas sobre otros, los europeos, indios y negros, producen lazos firmes de complicidad y mutua inteligibilidad que ya no son europeos ni «españoles»:

> Los europeos de diferentes naciones que se han establecido en esta Isla, la mezcla de éstos con los indios y negros y los efectos del clima que obra siempre sobre los vivientes, han producido diferentes castas de habitantes, que se distinguen en su color, fisonomía y carácter. Verdad es que mirados en globo y sin reflexión, se nota poca diferencia en sus cualidades, y sólo se descubre un carácter tan mezclado y equívoco, como sus colores; efecto sin duda de los diferentes mixtos de los transmigrados, que han comunicado con la sangre su color y pasiones a sus descendientes en este país.
> Los primeros españoles que se establecieron en esta Isla, corrigieron en parte el carácter de los indios, tomando de éstos al mismo tiempo el modo de vivir, alimentarse y alojarse, dejando mucha parte de las costumbres de su educación con su trato y mudanza de clima; (...)[29]

La discontinuidad espacial de una comunidad furtiva y semi-clandestina hace difícil la cartografía del territorio cultural. El dinamismo del contexto histórico y social escapa al historiador por la falta de documentos. La lealtad al Estado español de esa comunidad ajena a las leyes era bastante confusa, a pesar de su importancia estratégica de frontera. Muchos dejaban atrás todo, porque era necesario ocultarse. Su historia en efecto no existe —o es irrepresentable— hasta el momento en que se les plantea cierto tipo de preguntas. En la *Historia* de Fray Íñigo, los habitantes de Puerto Rico dejan frágiles recuerdos, y lo único cierto es su disponibilidad para la fuga:

> Con la misma facilidad emprenden sus viajes de mar o tierra; con una canoa y un racimo de plátanos se pasan a cualquiera isla que diste cuarenta o cincuenta leguas.[30]

El autor también se refiere a los desertores españoles que parecían gozar de la confianza inmediata de los isleños, y lo hace de tal manera que podemos ir entretejiendo los hilos de otro gran relato. Fray Íñigo desvela un drama, pedazos de vida. Descubre, a través de la descripción de las prácticas, algo

---

[29] Cito por la edición preparada por Isabel Gutiérrez del Arroyo, pág. 181.

[30] *Ibid*, págs. 191-92.

diferente de las simples condiciones de la vida: cómo se valoraba lo español en la remota colonia, cómo se trataba de «mejorar la raza», cómo se formaban los «corsarios» y «contrabandistas»:

> La buena acogida que encuentran estos prófugos de su patria en los isleños. Ellos los ocultan en los montes, hasta que se ausenta la flota; los recogen en sus casas, los alimentan con franqueza y con una facilidad increíble les ofrecen sus hijas por esposas, aún cuando no tengan más bienes que la pobre ropa que llevan a cuestas (...) pues las circunstancias de español y blanco son mayorazgo rico y ejecutoria asentada para encontrar casamiento en ocho días. Estos nuevos colonos faltos de medios para subsistir honestamente se echan a contrabandistas, corsarios y vagos, de que hay muchos en esta parte.[31]

En ese mundo fronterizo construído por desplazados —que de manera sumaria acabo de esbozar— tendríamos que plantearnos la necesidad de repensar el concepto de archivo y el papel de las fuentes letradas. ¿Cómo estudiar los rastros de esa cultura enfrentada con las incertidumbres de la vida social y con la necesidad de improvisar comportamientos? ¿Qué tipo de documento nos permitiría estudiar una cultura no letrada, donde la oralidad y la mnemotecnia son centrales y las narrativas canónicas se transmiten en décimas que son también la «historia»?

La no historicidad —la invisibilidad— de Puerto Rico pone de manifiesto la heterogeneidad y el conflicto en las premisas mismas del relato de Ménendez Pelayo, y en su archivo letrado.[32] No es pues un aspecto menor o desdeñable. La isla era difícil de definir: una cultura sin escritura en los tres primeros siglos ponía en entredicho el marco mismo de su larga diacronía y su deseo homogeneizante.

España en y desde los márgenes: del 98 al 98

La *Historia* de Menéndez Pelayo representa una formidable contribución al saber y al archivo literario que es preciso localizar históricamente en su punto de partida: la construcción imaginaria de España como centro de lo «hispanoamericano». Con la pérdida de su hegemonía en las Antillas y las Filipinas, con el final del imperio, se anunciaba el comienzo de otro proyecto histórico. Sin embargo, ello no llevó —aunque hay algunas excepciones— a un examen crítico de la propia historia colonial ni a una conciencia de la legitimidad de la heterogeneidad cultural. La *Historia* está escrita para las necesidades de la cultura española, y desde dentro de ella. Lleva la marca de la vinculación entre cultura e imperialismo: la renovación de España como centro que

[31] *Ibid*, pág. 133.

[32] Para una reflexión reciente sobre la incorporación de las prácticas orales en el campo letrado, véase el ensayo de Roberto J. Kaliman: «Buscando la consecuencia de la incorporación de la oralidad en los estudios literarios latinoamericanos», en *Asedios a la heterogeneidad cultural.* Philadelphia, 1986.

aprueba y convalida, y que proporciona a América un vínculo unitario. Pero ese discurso unificador esconde muchas diferencias. Para España no ha sido fácil reconciliarse con el final de su *imperium*.

Lo que más interesa en este fin de siglo acaso sea la transformación violenta que ha sufrido lo español en lugares fronterizos e iletrados como Puerto Rico, una cultura fuertemente oral con una pequeña élite que tenía la marca de la cultura impresa pero que leía y escribía en medio de una rigurosa censura. No se trata, desde luego, de oponer a la cultura letrada un nuevo populismo que identifique cultura popular con nación o con una «autenticidad» idealizada. Como nos ha recordado recientemente Renato Ortiz, «El eslabón entre lo nacional y lo popular, tan caro a Gramsci, se desdibujó. Ni la nación 'incompleta', ni lo popular, 'auténtico' o 'radical', tienen fuerzas para constituirse en signos de alteridad. No son más las metáforas privilegiadas para imaginar el futuro».[33] Habría que poner más énfasis en ese encuentro complejo y desigual, en las mediaciones y apropiaciones de la herencia española en el mundo caribeño.

Es ilusorio pensar que las historias literarias de España y de América puedan coincidir en un lugar único y en un tiempo continuo, o que el diálogo lleve a una utópica fusión de horizontes interpretativos. Con frecuencia se echa de menos el estudio de los cambios y las transformaciones que las culturas europeas sufren al trasladarse a las colonias. Pero lo cierto es que en la tradición puertorriqueña no ha sido fácil estudiar la herencia española, porque se ha visto desde dos ópticas antagónicas que hacen casi imposible su estudio. Uno es un conjunto de representaciones que a veces se ha llamado la «hispanofilia», o sea, la exaltación acrítica de todo lo español, una España utópica como marca de distinción frente a lo que se consideró una disolvente invasión extranjera. Esa resemantización de España se va consolidando después del 1898. Lo otro es una especie de distanciamiento crítico de lo español que también fue intensificándose *entre imperios*, bien porque lo español ha servido en muchos casos para la exclusión del mundo afro-caribeño, o por el deseo de exaltar la cultura norteamericana mediante la desvalorización de lo hispánico. Esos dos polos —ellos mismos consecuencia de la larga experiencia imperial— llevan a lecturas unilaterales y teleológicas que han impedido comprender las apropiaciones de lo español en América. Entre los pliegues discursivos de esa polarización ha sido difícil, desde Puerto Rico, estudiar la heterogeneidad de la metrópoli. España se volvió igualmente remota en la vieja y centrífuga colonia, que no era, como pensó Menéndez Pelayo, una *tabula rasa*.

---

[33] En su libro: *Otro territorio: ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires, 1996, pág. 45.

Página siguiente: *Discreción, discreción.* (1989)